

RESEÑAS

Rodríguez Coronel, Rogelio. *El rastro chino en la literatura cubana*. La Habana: Editorial Universidad de La Habana, 2019. Ilustraciones, 205 pp.

La diáspora china en las Américas ha marcado de muchos modos la cultura de los países que acogieron a los expatriados del Celeste Imperio. En el caso de la América española, los contactos iniciales se remontan a la época virreinal y a la travesía del Galeón de Manila –el primer viaje se efectuó en 1565 y el último en 1821– anualmente programada desde Acaapulco y Manila. Los refinados habitantes de México y Lima buscaban seda, porcelana, piezas de laca y otros objetos suntuosos adquiridos a buen precio en el Asia con plata mexicana y potosina y después vendidos ventajosamente en las capitales coloniales. A los chinos residiendo en las Filipinas se les llamaba sangleyes; miembros de esta colectividad zarparon inicialmente como tripulantes del Galeón también conocido como “nao de la China” y después se asentaron en las principales ciudades de la América española donde participaron en diferentes labores (E. Chang-Rodríguez 2015). Entre ellas sobresale, en Lima, la construcción del Puente de Piedra (1610) sobre el río Rímac. Si

bien los sangleyes llegaron al Caribe y algunos se arraigaron en esa zona, en Cuba el arribo de numerosas oleadas de chinos con contratos de trabajo fraudulentos y abusivos (los peyorativamente llamados “culíes”), se remonta al siglo XIX y está ligado al fin de la trata esclavista (1845) y la búsqueda de una nueva fuente de mano de obra barata para el corte de caña, el cultivo del tabaco y del café y otras faenas agrícolas. En su mayoría procedentes de Guandong (Cantón) y Fujian (Fukien), el primer grupo desembarcó en La Habana en 1847. Un segundo contingente –los “californianos”– llegó de los Estados Unidos hacia fines del siglo XIX, huyendo de la xenofobia y la discriminación ahora avaladas por nuevas y restrictivas leyes –basta recordar el Chinese Exclusion Act de 1882–.

En las primeras décadas del siglo XX, otras oleadas de chinos arribaron voluntariamente a Cuba en busca de mejor fortuna: escapaban de las guerras fratricidas que derrocaron a la dinastía Qing (1644-1912) y después crearon la República de China (1912). Más tarde, huyeron de la violencia desatada por los conflictos entre nacionalistas, comunistas y caudillos locales; el triunfo de los segundos permitió proclamar en 1949 la República Popular China. Con

estas migraciones la comunidad china arraigada en Cuba, ahora dedicada al pequeño comercio y la agricultura, aumentó su número de modo considerable y surgió el “barrio chino” de La Habana. Como eran pocos los varones quienes podían costear el matrimonio con chinas cuya dote y travesía marítima debían subvencionar, los inmigrantes se unieron a cubanas de origen africano y europeo (gallego, canario) de modesta condición, añadiendo otro componente al heterogéneo mosaico étnico y cultural del nuevo país. *El rastro chino en la literatura cubana* de Rogelio Rodríguez Coronel sigue diacrónicamente las huellas de este colectivo y detalla su presencia en el teatro, el ensayo, la poesía y la narrativa insulares. Otros investigadores han tratado el tema desde una perspectiva culturalista, entre ellos vale recordar las contribuciones de Miriam Castro Caso (2018), Ignacio López-Calvo (2008) y María Teresa Linares (2000). Como evidencian los textos comentados en este informado volumen, la convivencia de los chinos con cubanos de extracción europea, africana y sus mezclas, estuvo marcada por los prejuicios, la ignorancia y el franco desprecio.

El rastro chino en la literatura cubana está profusamente ilustrado, desde el tradicional dibujo con los animales de la charada (50) hasta grabados de Wilfredo Lam y Flora Fong (43); cada sección del libro se abre con un proverbio chino; el volumen se cierra con una amplia bibliografía que le permite al lector ir más allá del material presentado. Sus dos primeros capítulos ofrecen un recuento de las diversas olas migratorias chinas; brindan estadísticas en cuanto a

origen, porcentaje y ocupación, tanto como detallan la participación de este colectivo en la historia colonial y republicana de Cuba. En este sentido el autor rescata y recuerda el nombre de varios chinos cuyo servicio en la guerra de independencia contra España ameritó ascenso a altos cargos en el ejército mambí o libertador. Igualmente, cuando menciona el Obelisco conmemorativo de la gesta independentista en el barrio habanero de El Vedado y la inscripción: “No hubo un chino cubano desertor; no hubo un chino cubano traidor”, trae a colación el sacrificio de los hijos del Celeste Imperio en esa coyuntura política. De este modo, Rodríguez Coronel ofrece un “horizonte” (49) histórico-cultural desde el cual es posible avizorar y calibrar su huella en las letras cubanas.

El autor inicia su búsqueda de pistas en el siglo XIX con la referencia a dos cuentos y una novela poco conocidos del historiador y profesor Ramón Meza (Cap. 3): “El mercader chino” y “El carbonero” se publicaron en *La Habana Elegante* respectivamente en 1887 y 1889, mientras su novela, *Carmela*, se dio a la estampa en 1887. El primer relato abre en una bodega o tienda de chinos y describe una serie de objetos exóticos, afines a la sensibilidad modernista, como acota Rodríguez Coronel (51), mientras el segundo se centra en quienes cargaban el carbón para alimentar los vapores anclados en el puerto de La Habana. En los antiguos culíes ahora vistos como figuras fantasmagóricas, percutidas por el hollín, el narrador anticipa a un nuevo proletariado capaz de ascender socialmente. Cuando en su

novela, Meza relata los amores de un “californiano”, Cipriano Assam, con Carmela, una mulata locamente enamorada de un español con quien ha tenido un hijo, el autor sigue muy de cerca el sesgo trágico de los personajes de *Cecilia Valdés* (1882) y así lo observa el crítico. El suicidio de Assam, una vez que se da cuenta de que no podrá ganar el corazón de la joven, muestra la influencia del romanticismo; la presencia de objetos procedentes de la China (cestos, abanicos, biombos, cajas de sándalo) nos devuelve al exotismo modernista en una obra que parece proponer la inserción del otro —por medio del matrimonio y la conversión al catolicismo— en la sociedad cubana. En la narración se evidencia el prejuicio resumido en la caracterización de Assam, chino solo en su físico porque en el resto es una persona “decente” (56). Rodríguez Coronel se detiene en los cuentos de Alfonso Hernández Catá, lector de tabaquería, diplomático, poeta y narrador en su momento ligado al Grupo Minorista. El crítico correctamente señala a la mulata china protagonista de su cuento “Cocktail” (1939), como tipo clave porque ella integra los tres grupos del mosaico étnico cubano. Se detiene en el análisis de “Los chinos”, el relato más conocido de Hernández Catá, donde describe a grupos obreros en conflicto y, siguiendo los estereotipos del momento, caracteriza a los chinos como laboriosos trabajadores físicamente idénticos. Para analizar este cuento, Rodríguez Coronel propone una diversa aproximación fundamentada en las enseñanzas del *Tao (Dao)* y en su libro clásico, el *I Ching (Yijing)* (63),

seguramente conocido por persona tan leída como Hernández Catá (65). Tal propuesta abre una novedosa línea de indagación para este y otros textos relacionados con la diáspora china en Cuba. Extrañamos en este recuento narrativo mención de *Los fundadores. Alfonso y otros cuentos* (1973). En esta colección de la cubano-americana Lourdes Casal (1938-1981), los relatos rompen con viejos esquemas y presentan a protagonistas individualizados y agueridos.

La novela de temática china iniciada con *Carmela* en el siglo XIX se retoma en los siglos XX y XXI, observa Rodríguez Coronel (Cap. 6), con obras de Zoe Valdés, Cristina García, Daina Chaviano, Marta Rojas, Mayra Montero y Leonardo Padura. El crítico se detiene particularmente en *El cazador de monos* (2003) donde la cubano-americana Cristina García cuenta la saga de Chen Pan y sus descendientes (desde 1857 hasta 1970) en China, Cuba, Vietnam y los Estados Unidos; y en *El equipaje amarillo* (2009), centrada en la trata de culies en Cuba y Perú en la segunda parte del siglo XIX, obra donde la autora disputa ideas tradicionales sobre los hijos del Celeste Imperio y presenta a un singular tratante, Nicolás Tanco Armero, y su culto sirviente, Fan Ni, personaje nuevo quien aprovecha el saber tradicional para mantener en servidumbre a sus compatriotas. El crítico igualmente nota las novedades de *La isla de los amores infinitos* (2006) de Daina Chaviano —enunciada desde Miami, signada por la cábala y poblada de duendes y espíritus— donde se presenta la historia de personajes pertenecientes a los tres

grupos que conforman la personalidad etno-cultural cubana. También analiza *Como un mensajero tuyo* (1998) de Mayra Montero, novela ambientada en la visita de Enrico Caruso a La Habana en 1913 y su posterior desaparición cuando una bomba estalla en el Teatro Nacional mientras el tenor cantaba la *Aída* de Verdi. Rescatado del tumulto por Aída Pettrirena Cheng —hija de Yuan Pei Fu, un famoso *babalawo* chino, personaje de un poemario de Regino Pedroso—, el italiano y la cubana viven un apasionado idilio cuyo fruto es Enriqueta Cheng; madre e hija cuentan la historia de este inaudito romance y escarban en los archivos en busca de la verdad. Rodríguez Coronel explica cómo Leonardo Padura enmarca una de sus novelas, *La cola de la serpiente* (2001), en un destartado barrio chino habanero, ocasión que también le permite comentar al crítico “El caso Baldomero” (172), cuento detectivesco donde Virgilio Piñera narra el asesinato de otro hijo del Celeste Imperio. Siguiendo a Rodríguez Coronel, en su novela Padura muestra los puntos de encuentro de las culturas china y africana por medio de la religión (176) y la incidencia en Cuba de las creencias producto de tal mixtura.

Que el Modernismo contribuyó a fijar la imagen de la China —y del Asia— en las letras hispanoamericanas lo reconoce y comenta Rodríguez Coronel en el Capítulo 4. Si bien el apartado abre con referencias a dos poemas (*Versos sencillos*, 15 y 42) y la crónica “Una boda china” (*La Nación*, 1888) de José Martí, la mención de otras dos composiciones alusivas al mismo asunto (“Nostalgias” y “Neurosis”), de Julián del

Casal, y menciones a poemas de idéntico tema de Nicolás Guillén, Miguel Barnet y Fayad Jamis, el apartado mayor del capítulo está dedicado al análisis de la obra de Regino Pedroso cuyos versos, vale recordar, contribuyeron a iniciar la poesía insular de temática obrera. Particularmente sugerente es el examen de *El ciruelo de Yuan Pei Fu. Poemas chinos* (1955) cuyo autor presenta la obra como un conjunto de papeles antiguos legados por un ancestro chino, ahora traducidos al castellano por él mismo. Las composiciones, en su mayoría estructuradas en versos heptasílabos y alejandrinos, reproducen el diálogo entre un Maestro y su discípulo, ambos seguidores del taoísmo durante la dinastía Qing. Rodríguez Coronel presta particular atención a las fuentes del poemario (Confucio, Chuang Tsé en cuanto a filosofía; Du Fu, Wang Wei, Li Po, Tao-tzu, en cuanto a poesía y pintura) (79) y acude a la filología y la métrica occidentales para desentrañar significados arcanos y proponer nuevas rutas de indagación. Las páginas dedicadas a Regino Pedroso y en particular a este poemario, están entre las más elocuentes del libro; sin duda invitan a la relectura del rico legado poético pergeñado por un bardo autodidacta cuya obra remite al variado origen de sus ancestros —China, África, España—.

El Capítulo 5 nos lleva al teatro bufo donde primero se incorporó al “negrito”, y después al “chinito”, con los estereotipos correspondientes y el desprecio emblemático en el diminutivo que mantiene a estos personajes en perpetua infancia, simples objetos de diversión de un público variopinto. Más allá de estos

antecedentes, Rodríguez Coronel rescata *El chino* (1947), drama poco estudiado de Carlos Felipe. En un análisis acucioso muestra las aristas renovadoras de la obra donde el chino Luis ocupa un sitio preferencial. Engalanado con una camisa roja, evoca, como acota el crítico, la imagen de San Fan Con-Changó, y a la vez le otorga a la representación un carácter enigmático (115). En este apartado, Rodríguez Coronel se detiene en dos figuras principales de las letras cubanas, José Lezama Lima y Severo Sarduy. Recorre la obra del primero mostrando el interés del autor de *Paradiso* en la cultura china, en particular la filosofía, y explica cómo esta inclinación se manifiesta en sus poemas, ensayos y narrativa. Obviamente, poco tiene que ver esta afición con la llegada de inmigrantes chinos a Cuba; obedece a la fascinación que el Asia ejerció sobre el culto polígrafo y a las múltiples lecturas por medio de las cuales satisfizo esta curiosidad. Así lo muestran, como observa el crítico, su libro *Analecta del reloj* (1953), en honor a Confucio, y el ensayo “Las eras imaginarias: la biblioteca como dragón” (1965). En este sentido es notable el análisis de “La prueba del jade”, poema de Lezama Lima poco conocido y en cuyo examen Rodríguez Coronel muestra el significado y atributos de esta gema en la tradición china y cómo Lezama va más allá de sus propiedades —“la frialdad del jade sobre las mejillas”— para así llevarnos a la repercusión y atemporalidad de la imagen (119). En cuanto a la obra de Sarduy, el crítico estudia la impronta china en cuatro de sus novelas y esboza la conexión en todas excepto en *Cobra* (1972):

Gestos (1963), los juegos de la charada y el parlé; *De donde son los cantantes* (1967), lo chino en la redefinición de la cultura cubana; y *Maitreya* (1978), el protagonista Luis Leng. Además, analiza el ensayo “Barroco y neobarroco” (1972) y el volumen *La simulación* (1982) en tanto la centralidad de la metamorfosis en personas y animales. Estos análisis no agotan las posibilidades de búsqueda, sino más bien apuntan a una rica veta de indagación cuyo recorrido importa emprender.

Rico en ideas y sugerente en observaciones, *El rastro chino en la literatura cubana* cala en la materia y a la vez nos convida a continuar la pesquisa. Más allá del proceso de trasvase implícito en esta diáspora, Rodríguez Coronel propone repensarla como un “espacio de conocimiento” convertido, en el curso de los siglos, en cimiento capaz de ampliar y robustecer la acrisolada personalidad insular. Esta amplitud de visión irriga las páginas del libro y lo convierte en lectura esencial para quienes deseen aproximarse a tema tan vasto como complejo y calibrar su alcance en la cultura y las letras de Cuba.

Raquel Chang-Rodríguez

The City College-
Graduate Center, CUNY

García Liendo, Javier, comp. *Migración y frontera: experiencias culturales en la literatura peruana del siglo XX*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2017. 343 pp.

Javier García Liendo, doctorado de la Universidad de Princeton, cuenta con un conocimiento vasto